

LA ENCUESTA COMO TÉCNICA DIALECTOLÓGICA *

Ambrosio Rabanales

Universidad de Chile
amrabanales@yahoo.com

Resumen

En el presente artículo el autor se propone mostrar la experiencia adquirida en la elaboración y posterior aplicación entre 1969 y 1971 de la encuesta léxica empleada en su investigación sobre el habla culta de Santiago, cuyos resultados se publicaron en 1987. Con ello desea que el conocimiento de su experiencia facilite la labor de quienes tengan que realizar una investigación semejante.

Abstract

(In this article, the author comments on the elaboration and application of a lexical survey used in his research about educated speech in Santiago de Chile, during 1969 and 1971 and published in 1987. His purpose is to share his experience in order to orient the work and methodology of future investigations in the field.)

0. Después de haber trabajado durante varios años como integrante del “Proyecto de estudio de la norma lingüística culta del español hablado en las principales ciudades de Iberoamérica y la Península Ibérica”¹, intentando conocer cómo habla la gente culta de Santiago, me parece oportuno reflexionar sobre diversos aspectos relacio-

* Versión corregida del artículo del mismo nombre publicado en *Segundas jornadas nacionales de Dialectología*, 21 al 23 de septiembre de 1978. Departamento de Letras, Facultad de Humanidades, Universidad Nacional del Comahue, pp. 46-59.

¹ Para los detalles de este proyecto véase: Ambrosio Rabanales, “La norma lingüística culta del español hablado en Santiago de Chile”, *Actas del Primer Seminario de Investigación y Enseñanza de la Lingüística*, Concepción, Universidad de Concepción, 1971: 121-129.

nados con el *Cuestionario léxico* elaborado en conjunto por los directores de dicho proyecto como instrumento de investigación dialectológica y publicado como tomo III del *Cuestionario*². De este modo deseo contribuir modestamente con mi experiencia y con la de nuestro equipo a facilitar el trabajo de otros investigadores informándolos sobre los problemas que tuvimos que enfrentar tanto con motivo de la reducción a preguntas formales de sus distintos ítems, como en la posterior aplicación de dicha encuesta, y nuestra manera de resolverlos. De aquí mi insistencia en muchos aspectos también metodológicos.

Para delimitar esta exposición consideraré, en el mismo orden, los siguientes puntos:

1. Los temas de la encuesta
2. Su estructura.
3. Modo de aplicación.
4. Tiempo de aplicación.
5. Lugar de aplicación.
6. Finalidad de la aplicación.

1. LOS TEMAS DE LA ENCUESTA LÉXICA

El cuestionario léxico, que en un principio tenía 7.000 ítems, quedó reducido finalmente a 4.459 (considerando 7 agregados como “bis”) agrupados en 23 grandes campos semánticos, subdivididos a su vez en varios subcampos en la forma que sigue:

	<i>Ítems</i>
El cuerpo humano	331
La alimentación	307
El vestuario	436
La casa	372
La familia, el ciclo de la vida. La salud	295:
La familia, el ciclo de la vida	157
La salud	138
La vida social. Diversiones	316
La ciudad. El comercio	260

² *Cuestionario para el estudio coordinado de la norma lingüística culta de las principales ciudades de Iberoamérica y de la Península Ibérica. III. Léxico*, Madrid, PILEI-CSIC, 1971.

Transportes y viajes	372:
El ferrocarril	103
El automóvil	124
La bicicleta	54
La aviación	58
La navegación	33
Los medios de comunicación ³	68:
El correo	34
El teléfono	22
El telégrafo	12
Prensa. Cine. Televisión. Radio. Teatro. Circo	257:
La prensa	136
El cine	22
La televisión	18
La radio	25
El teatro	46
El circo	10
Comercio exterior. Política nacional	161:
El comercio exterior	74
La política nacional	87
Sindicatos. Cooperativas	37:
Los sindicatos	19
Las cooperativas	18
Profesiones y oficios	211
Mundo financiero	115:
El dinero	49
La banca	28
Las finanzas	17
La bolsa	21
La enseñanza	73
La iglesia	82
Meteorología	148
El tiempo cronológico	104
El terreno	123

³ Existentes en el momento de la encuesta, se entiende.

Vegetales. Agricultura	133:
Los vegetales	81
La agricultura	52
Animales. Ganadería	258:
Los animales	219
La ganadería	39

Como puede verse, el orden es bastante racional, aunque, con algunos ajustes, pudo haber quedado más orgánico de la manera siguiente:

1. El cuerpo humano
2. La alimentación
3. El vestuario
4. La casa
5. La familia
6. La salud
7. La enseñanza
8. Profesiones y oficios
9. Los sindicatos
10. La iglesia
11. La vida social. Diversiones
12. La ciudad
13. El comercio. Las cooperativas
14. Comercio exterior
15. El mundo financiero
16. Transporte y viajes
17. Medios de comunicación
18. Política nacional
19. Meteorología
20. El tiempo cronológico
21. El terreno
22. Vegetación. Agricultura
23. Animales. Ganadería

En cuanto al ítem “Prensa. Cine. Televisión. Radio. Teatro. Circo” no parece que se justifique su existencia aparte, pues es habitual considerar sus referentes –junto con el libro y otros– como “medios de comunicación” (N° 17), si es que –con excepción de la prensa– no se los quiere incluir entre los medios que tiene la sociedad para entretenerse (N° 11).

Con todo, siempre habrá otras opiniones al respecto igualmente valederas, pues son muchos los criterios que se pueden tener para ordenar dichos “campos”. Lo importante, por último, es que el conjunto resulte orgánico de alguna manera. Por esto, los resultados de la aplicación de esta encuesta se presentarán de todos modos siguiendo estrictamente el orden del texto impreso, pues así será más fácil posteriormente comparar nuestros resultados con los de los otros equipos integrantes del Proyecto.

Analizando ahora el temario, más desde el punto de vista de su contenido que del de su organización, se observa un claro predominio del mundo natural, de la cultura material y de la vida fisiológica e instintiva del hombre. Falta, en consecuencia: 1) todo lo relativo a las bellas artes mismas (algo se pregunta sobre sus cultores en el rubro “profesiones y oficios”): pintura (incluyendo los colores en sí mismos), escultura, música (salvo la mención de cuatro instrumentos musicales), ballet, literatura; 2) todo lo relativo a filosofía; 3) todo lo concerniente a la vida espiritual ligada a la religión, pues hay ítemes referentes solo a aspectos materiales de la iglesia católica, algunos de los actos que deben realizar sus miembros y las más conocidas fiestas religiosas (entre las que curiosamente se incluye la ‘fiesta del 12 de octubre’ [3675])⁴; 4) la mayor parte de lo relacionado con nuestra vida síquica, ya que solo hay cuatro preguntas en conexión con la vida intelectual: nombres que signifiquen ‘niño tonto’ [1486], ‘niño inteligente’ [1487], ‘profesor que sabe mucho’ [3587] y ‘profesor que no sabe’ [3588]; dos sobre las condiciones de carácter del profesor: nombres para significar ‘profesor benévolo’ [3585] y ‘profesor severo’ [3586]; tres sobre nuestra actitud frente al dinero: nombres para significar ‘tacaño’ [3446], ‘generoso’ [3447], ‘despilfarrador’ [3448], y dos ligadas a las relaciones amorosas: ‘galantear’ [1503] y ‘coquetaría’ [1512], y posiblemente alguna otra, y 5) dentro del mundo natural, todo lo relativo a la minería.

Es claro que de esta manera no se consigue una visión muy integral de nuestra realidad lingüística en el nivel en que se desea investigar, pero las cosas salieron así sin que ningún componente del Proyecto se lo hubiera propuesto, debido tal vez a su mayor experiencia en encuestas relacionadas con la norma inculta de los medios rurales, “centro de atención” de la vieja Dialectología “desde que el Romanticismo santificó todo lo relacionado con el ‘pueblo’”⁵.

⁴ El número entre corchetes ([]) corresponde al del ítem en el *Cuestionario* impreso, ítem que se indicará entre comillas simples (‘ ’) o con letras versalitas.

⁵ R. H. Robins (1975), *Breve historia de la Lingüística*, Madrid, Paraninfo, p. 182.

2. ESTRUCTURA DE LA ENCUESTA

Se trata de una encuesta onomasiológica, puesto que al informante se le proporcionan significados (o conceptos) para que él a su vez señale los significantes correspondientes de acuerdo con su *competencia lingüística* (y en muy raras ocasiones, en conformidad con su competencia de la comunicación, como no sea la que reflejen sus valoraciones estilísticas).

2.1. Características de las preguntas

Como en el texto publicado solo se presentan dichos conceptos (a través, en cada caso, del significante considerado como el más general), la gran tarea del grupo previa a la aplicación de la encuesta (tarea que llevamos a cabo en un seminario ad hoc a lo largo de dos años) fue elaborar una a una las preguntas correspondientes a los 4459 ítemes a fin de evitar la improvisación y con ello las preguntas defectuosas por no cumplir con algunas exigencias esenciales, como ser:

1. Estar organizadas en campos semánticos;
2. Ser las mismas, formalmente hablando, para todos los encuestados (y, consecuentemente, para todos los encuestadores);
3. Ser claras, libres de toda ambigüedad;
4. No hacer obvia la respuesta;
5. Ser lo menos teóricas o científicas posible, y
6. No contener significantes correspondientes a los significados por los cuales se preguntará después.

2.1.1. Preguntas organizadas en campos semánticos

Este punto lo dimos por resuelto respetando estrictamente la organización temática del *Cuestionario* impreso, por las razones señaladas más arriba.

2.1.2. Preguntas formuladas a todos de la misma manera

De este modo se salvaguardaba la unidad de la investigación, cosa no tan fácil de conseguir cuando participan varios encuestadores, y no uno solo. Así también se podrían obtener resultados verdaderamente comparables de las distintas aplicaciones de la misma encuesta.

2.1.3. Preguntas claras, libres de toda ambigüedad

Como no es posible juzgar de la claridad de una pregunta antes de formularla a alguien, luego de discutir entre todos los componentes del equipo su redacción y estimar que, además de pertinentes, eran suficientemente claras, hicimos lo que llamamos una “prueba piloto” (prueba de ensayo) con seis encuestados que nos mostraron si era acertada o no nuestra estimación. Por cierto que los informantes que participaron en este experimento cumplían con todos los requisitos exigidos a los informantes definitivos, y posteriormente no se contaron entre estos, pues el resultado de esta prueba nos obligó en muchos casos a corregir la formulación de la pregunta.

2.1.4. Preguntas que no hagan obvia la respuesta

Es sabido que la forma de una pregunta lleva implícita muchas veces la de su propia respuesta. Es claro que cuando esto ocurre, la respuesta de hecho no aporta ninguna información. Además, el encuestado en este caso no tiene que saber necesariamente lo que se le pregunta para responder con acierto.

Supongamos que se quiere averiguar qué términos conoce para el concepto ‘cejijunto’ [67]. Si se le pregunta: “¿Cómo llama usted al individuo que tiene las cejas muy juntas?”, la respuesta será sin lugar a dudas *cejijunto*; por esto, nosotros la formulamos así: “¿Cómo llama usted al individuo que tiene casi unidas las cejas?”. Todos los encuestados (7 hombres y 6 mujeres) contestaron *cejijunto*, y uno agregó *ceñudo*. En vez de “cejas” pudo haberse usado también una especie de definición del concepto: “¿Cómo llama usted al individuo que tiene casi unidos los pelos que cubren la parte curvilínea sobre las cuencas de los ojos?”; pero enunciada así, esta pregunta resultaba, además de rebuscada, inoficiosa, puesto que ya se había preguntado por ‘cejas’ [64].

2.1.5. Preguntas lo menos técnicas o científicas posible

Deseando ser rigurosamente científicos en nuestra investigación, el primer impulso, en el caso de los nombres de plantas y animales, fue hacer preguntas que contuvieran una descripción botánica y zoológica, respectivamente, de sus referentes, la que por su precisión no podría ser equívoca, pero pronto desechamos la idea, pues nos dimos cuenta de que tales preguntas implicaban un conocimiento mucho mayor que el que se le puede exigir a una persona culta que no es especialista en ninguna de las dos ciencias aquí representadas. Por

ejemplo, para el ítem 4065 la pregunta “científica” es más o menos esta: “¿Cómo se llama el árbol corpulento de la familia de las mirtáceas que puede alcanzar hasta 100 m de altura, cuyas hojas en los renuevos son opuestas y aovadas, con el ápice obtuso, y en un árbol ya crecido son largas, estrechas, coriáceas y falciformes?”, la que difícilmente habría encontrado una respuesta correcta. Pero en cambio se preguntó: “¿Cómo se llama el árbol cuyas hojas se suelen hervir en una pieza donde hay una persona agripada?”, y la respuesta, aunque con variantes en la pronunciación, fue unánimemente: *eucalipto*.

Como puede inferirse de este ejemplo, para elaborar las preguntas se tuvieron en cuenta muchas veces las costumbres y realidad chilenas, independientemente de que lo fueran también de otras latitudes, como lo muestra igualmente la pregunta 4109: “¿Qué fruto cítrico dulce muy común en Chile conoce usted?”, y todos respondieron *naranja*, cuyo referente es en efecto mucho más familiar que el de *mandarina*.

Con otro caso, perteneciente ahora al dominio de la fauna, se puede ilustrar de nuevo sobre la diferencia entre una pregunta “científica” y otra que no lo es, con la cual se apela simplemente a la experiencia y que, por lo mismo, podríamos llamar “empírica”: ítem 4212: “¿Cómo se llama al insecto de los órdenes malófagos, anopluros y a algunos homópteros y psocópteros, ectoparásitos, de pequeño tamaño, cabeza reducida y retráctil, aparato bucal chupador y picador, ojos atrofiados y patas robustas, provistas de uñas fuertes?”, que espontáneamente hace imaginarse un monstruo tomado de alguna novela de ciencia-ficción, frente a: “¿Cómo se llama al insecto que se encuentra sobre todo en la cabeza de las personas desaseadas?”. De los 13 informantes, 12 contestaron acertadamente *piojo*, y solo uno, mujer de 26 años, no supo qué responder.

Como es sabido, con las preguntas elaboradas en forma científica se explora el conocimiento de una metalengua científica por parte del encuestador, y no el de la lengua común, que es la meta que nos hemos propuesto en nuestro caso. Pero no siempre es fácil poner un límite entre ambas, tratándose sobre todo de la norma culta, debido a la amplia difusión del lenguaje de las diversas ciencias a través de la docencia y los medios de comunicación masiva. Por esto, a veces recurrimos al lenguaje de las ciencias, pero sin exagerar; por ejemplo, para el ítem 212 pudo haberse preguntado: “¿Cómo se llama el tumor benigno del cuerpo tiroides, caracterizado por su hipertrofia y frecuentes modificaciones anatómicas del tejido glandular?”; en cambio, se la simplificó de la siguiente manera: “¿Cómo se llama el abultamiento del cuello por hipertrofia del tiroides?”. Doce respuestas fueron *bocio* y cuatro, *coto*. También nos pareció moderada, entre

otras, la siguiente: “¿Cómo se llama el condimento de cloruro de sodio refinado?” [509], lo que se probó por la respuesta unánime: *sal*.

Por otras causas, el empleo de los nombres científicos de flora y fauna en la elaboración de las preguntas resultó también enteramente inadecuado, pues, o fueron incomprensibles para la gran mayoría, como *Capsicum annuum* para ‘ají’ [515], *Iris pseudacorus* para ‘gladiolo’ [4087], *Crocus sativus* para ‘azafrán’ [517], *Passer domesticus* para ‘gorrión’ [4223], *Sarcorhamphus Gryphus* para ‘cóndor’ [4235], etc., o bien, demasiado sugerentes, como *Apium graveolens* para ‘apio’ [480], *Cuminum cyminum* para ‘comino’ [510], *Scarabeus sacer* para ‘escarabajo’ [4217], *Gryllus campestris* para ‘grillo’ [4219], etc., o bien engañosos, como *Cinnamomum zeylanicum*, que no corresponde a ‘cinamomo’, sino a ‘canelo’ [524], o *Lilium candidum*, que no corresponde a ‘lirio’, sino a ‘azucena’ [4090], etc.

En vez de emplear tales nombres, se preguntó finalmente de la siguiente manera:

515. AJÍ [*Capsicum annuum*]: “¿Cómo se llama el fruto rojo, amarillo o verde de forma generalmente alargada, que produce escozor?”. Respuestas: *ají* (13), *chile* (1)⁶. Esta última forma, que en nuestro país muy pocas personas conocen y que seguramente ninguna usa en la conversación diaria (informal o formal), se debe sin duda a experiencia de viajes o de lecturas o a la televisión.

4087. GLADIOLO [*Iris pseudacorus*]: “¿Cómo se llama esto?”, mostrando la figura 11 de la lámina 62 del *Duden*⁷. Respuesta: *gladiolo* (13).

517. AZAFRÁN [*Crocus sativus*]: “¿Cómo se llama la planta con cuyos estigmas se prepara un polvillo rojo amarillento con que se sazona, por ejemplo, el arroz a la valenciana?”. Respuesta: *azafrán* (13).

4223. GORRIÓN [*Passer domesticus*]: “¿Cómo se llama este pájaro de color pardo y muy voraz?”, mostrando en el *Duden* la figura 43 de la lámina 53. Respuesta: *gorrión* (13).

Y así por el estilo en los demás casos.

⁶ El número entre () después de una expresión en cursiva corresponde al de las respuestas idénticas dadas en cada caso. El máximo, que es 13, indica, en consecuencia, unanimidad, puesto que son 13 los informantes. Cuando hay dos o más respuestas diferentes, como en este caso, significa que unos encuestados contestaron una cosa, y otros, otra, o bien, que uno o más respondieron con más de un significante; esto último ocurre necesariamente cuando el total de las respuestas es superior a 13.

⁷ *Duden español. Diccionario por la imagen*, 2ª ed., Manheim, Dudenverlag, 1963.

2.1.6. Preguntas sin significantes previsibles de ítemes posteriores

En efecto, las preguntas no debían contener significantes correspondientes a significados por los cuales se tendría que consultar más adelante, por muy conocidos que nos parecieran. Por esto, la pregunta que redactamos primero para el ítem 59: “¿Cómo se llama la piel que por el frío o alguna emoción tiene el aspecto de la de una gallina desplumada?”, tenía, además del defecto de que facilitaba demasiado la respuesta (cp. 2.1.4.), el de incluir el significante *gallina*, que se esperaba como contestación más adelante [461]. En vista de esto, se cambió *gallina* por *ave*, quedando la pregunta de esta manera: “¿Cómo se llama la piel que por el frío o alguna emoción tiene el aspecto de la de un ave desplumada?”, y las respuestas fueron las siguientes: *carne de gallina* (8), *piel de gallina* (3), *piel granujenta* (fam. 3), *piel erizada* [sic] (1), y 3 encuestados no contestaron nada. La forma habitual es sin duda la primera; se ve que en las otras de todos modos influyó el significante *piel* de la pregunta; se lo pudo haber cambiado por *epidermis*.

Otro ejemplo ilustrativo es el del ítem 321. La primera formulación fue: “¿Cómo se llama la dureza que se produce en los pies con el roce continuo del zapato?”. Dado que en el *Cuestionario* no hay ningún ítem correspondiente a ‘dureza’ ni a ‘roce’, los significantes *dureza* y *roce* no presentaban ningún problema; en cuanto a ‘pie’, apareció antes [312]; pero por ‘zapato’ se consulta más adelante [1032], por lo cual se cambió *zapato* por *cuerpo duro* y se amplió la pregunta de esta manera: “¿Cómo se llama la dureza que se produce en los pies o en las manos por el roce continuo de un cuerpo duro?”. Las respuestas fueron *callo* (12) y *callosidad* (5).

2.2. Las clases de preguntas

Sin preverlo, se utilizaron diversas clases de preguntas, determinadas básicamente por aquello por lo cual se quería interrogar.

2.2.1. Obviamente todas son, en nuestra encuesta, parciales (en oposición a ‘totales’), y de estas, las no-presuntivas. Por ejemplo: “¿Cómo se llaman los huesos de la columna?” [8], y nunca una presuntiva del tipo: “¿Se llaman vértebras los huesos de la columna?” Ni siquiera se la empleó como una ayuda cuando el informante no contestaba a la primera formulación: “A ver, a ver, ¿no se llamarán vértebras?”. Es seguro que de esta manera el encuestado de todos modos habría dicho que sí: si sabía, porque sabía, y si no, por no querer pasar por ignorante. Hay que convenir en que se requiere

mucha personalidad para contestar en este caso: “No sé”. Las preguntas presuntivas inducen una determinada respuesta, positiva o negativa, según la estructura de aquellas, o, lo que es lo mismo, la hacen obvia. En suma, la respuesta a este tipo de preguntas no nos habría dado, pues, ninguna garantía de que el informante efectivamente tenía conocimiento de aquello sobre lo cual se lo interrogaba.

Tampoco es recomendable pensar que en los casos en que la respuesta va a ser la prevista por lo elemental de la consulta, la pregunta presuntiva no ofrece ya mayores inconvenientes: la experiencia nos enseñó que no siempre lo que es un truísmo para el encuestador lo es también para el encuestado; fuera de que este no tiene por qué responder necesaria o solamente con los significantes en que está pensando aquel para tales o cuales significados.

2.2.2. Predominan ampliamente las preguntas metalingüísticas sobre las lingüísticas, aunque pocas veces elaboradas con metalenguaje técnico o científico.

Son metalingüísticas, por ejemplo, preguntas de este tipo: “¿Cómo se llama... tal cosa?” o “¿Cómo se denomina... tal cosa?”, frente a las propiamente lingüísticas como: “¿Qué es esto?”, imitando [120], “¿Qué se siente cuando no se ha comido por un tiempo más o menos prolongado?” [166], “¿Qué se encuentra entre la faringe y la tráquea?” [210], “Si uno se resfría, ¿qué le duele al tragar sustancias sólidas?” [209]. Las respuestas correspondientes: *estornudo* (13), *hambre* (13) o *apetito* (3), *laringe* (11), *garganta* (13) o *gargüero* (1) y otras variantes, nos informan directamente acerca de la competencia lingüística del informante, ya que con la pregunta lingüística se indaga directamente sobre las cosas, y no sobre el nombre de las cosas, como sucede con la pregunta metalingüística.

En la práctica la diferencia no apareció muy relevante. Lo que ocurrió fue que al elaborar las preguntas estas resultaban más comprensibles con un tipo que con otro.

La poca importancia que se atribuyó a la diferencia entre ambos tipos de preguntas se debió sin duda a que trabajamos con informantes sin problemas de comunicación lingüística, pues es un hecho que en los afásicos se deteriora más fácilmente la función metalingüística que la lingüística de su lenguaje, lo cual significa que son funciones diferentes, y, en efecto, la primera requiere un grado de abstracción que no demanda la otra.

2.2.3. Desde otro punto de vista puede decirse que las preguntas fueron descriptivas, pragmáticas, deícticas o mixtas, según lo que para el concepto pareció lo más conveniente.

2.2.3.1. En la pregunta descriptiva, obviamente, se presentan los semas fundamentales que permiten identificar, estrictamente hablando, el semema del o de los signos lingüísticos sobre los cuales se indaga. Como ejemplo puede servir el siguiente: “¿Cómo se llama el ave con membranas natatorias que vuela en bandadas y habita en lugares pantanosos?” [4239], pregunta que obtuvo dos respuestas diferentes: *pato silvestre* (9) y *pato salvaje* (1). O bien: “¿Cómo se llama la acción de reposar con los ojos cerrados y suspensión transitoria de la conciencia?” [195], a la que todos respondieron: *dormir*.

Puede asegurarse que la mayoría de las preguntas de nuestra encuesta fueron de este tipo.

2.2.3.2. En la pregunta pragmática se apunta a la utilidad del referente ligado al significado acerca de cuyo o cuyos significantes se consulta. Es lo que ocurre en un enunciado como este: “¿Cómo se llama el árbol con cuyas hojas y flores se prepara una infusión sudorífica?” [4066], a la que unánimemente los encuestados respondieron: *tilo*; o como este otro: “¿Con qué utensilio se sacan las pelusas o polvo de la ropa?” [783], cuyas respuestas fueron: *escobilla para la ropa* (6), *escobilla de ropa* (5), *cepillo para la ropa* (3). Este tipo de preguntas aparece muy pocas veces en nuestra encuesta.

2.2.3.3. La pregunta deíctica es aquella que se hace simplemente mostrando el referente comprometido con el concepto por cuyo o cuyos significantes se interroga. Los enunciados más socorridos fueron: “¿Qué es esto?” y “¿cómo se llama esto?”.

La mostración puede ser directa o indirecta.

2.2.3.3.1. La mostración directa se hizo con los objetos pertinentes a) presentes en el lugar de la encuesta, b) los que habitualmente suele llevar consigo el encuestado o el encuestador, o c) los de fácil transporte hasta ese lugar. Para este último caso se prepararon diversos muestrarios: de granos, de especias, de fideos, de telas, herbarios, insectarios, como asimismo documentos bancarios y financieros, etc. En todos estos muestrarios cada cosa estaba identificada con el número del ítem de la pregunta correspondiente, lo cual, sin darle pista alguna al informante, facilitó grandemente el trabajo del encuestador.

Otro auxiliar para la mostración directa fue la mímica, fácil de realizar en numerosos casos. Así, a propósito del ítem 122 ‘sonarse’, se preguntó: “¿Cómo llama usted a este proceso?”, realizándolo mímicamente, para lo cual se obtuvieron dos respuestas diferentes: *sonarse* (13) y *limpiarse las narices* (2). Fácil resultó también, imi-

tando el acto, preguntar: “¿Qué es esto?” en el caso del ítem 172, cuya respuesta unánime fue: *bostezo*.

2.2.3.3.2. La *mostración indirecta* se realizó por medio de modelos en miniatura (como en el caso de los medios de transporte, por ejemplo), pero sobre todo mediante ilustraciones. Con esta finalidad, los encuestadores confeccionaron su propio álbum con dibujos hechos por ellos mismos o con recortes de figuras y láminas tanto en blanco y negro como en colores, identificados de la misma manera que en la *mostración directa*.

Aunque el *Cuestionario* no contiene ítemes sobre los colores propiamente tales, las ilustraciones coloreadas fueron muy útiles en preguntas relativas al ‘color del cabello’ [32 a 38], ‘color de los ojos’ [71 a 77], a la flora, a la fauna, etc.

Como auxiliar también para la *mostración indirecta* prestó grandes servicios el ya citado *Duden español*, pues es muy rico en información gráfica sobre los objetos naturales y la cultura material aludibles mediante la lengua española, es decir, lo mismo que básicamente se tomó en cuenta en el *Cuestionario* léxico del proyecto.

La pregunta *deíctica* la empleamos cada vez que fue posible por ser la que mejor nos permitía cumplir con el principio de que la pregunta no debía contener significantes correspondientes a significados por los cuales se consultaría después.

2.2.3.4. La *pregunta mixta* presentó diversas combinaciones.

2.2.3.4.1. *Descriptiva y pragmática*. Por ejemplo: “¿Cómo se llama el fruto tropical casi esférico, de unos 15 cm de diámetro, de corteza dura recubierta de fibras, de color café, cuya pulpa sirve para hacer dulces, aceite y jabón?” [4113 ‘coco’]. O bien: “¿Qué nombre reciben unos animalitos acuáticos, de color azulado y plateado que, en conserva, se suelen usar en un aperitivo?” [372 ‘sardinas’].

2.2.3.4.2. *Descriptiva y deíctica*. Por ejemplo: “¿Cómo se llama la bebida que resulta de la fermentación de estos granos?” (mostrando un racimo de uva directamente o a través de una ilustración) [363 ‘vino’]. También: “¿Y el embutido tierno a base de carne de este animal (mostrando un cerdo) generalmente mezclada con la de la cría de este otro animal?” (mostrando una vaca) [443 ‘mortadela’].

Y empleando una *mostración mímica*: “¿Cómo llama usted a la acción de echarse a la boca un sorbo de líquido y luego realizar esto?” (imitando las gárgaras) [137 ‘hacer gárgaras’]. O bien: “¿Cómo se llama la acción de protestar con un ruido de esta espe-

cie?” (haciendo el chasquido correspondiente) [207 ‘chistar’]. En este último caso hubo que recurrir necesariamente a la mímica porque no es fácil definir la acción. El *Diccionario de uso del español*, de María Moliner⁸, que tanta ayuda nos dio para elaborar las preguntas descriptivas, en *chistar* remite a *rechistar*, que define así: “Decir algo o emitir algún sonido como para empezar a hablar”. Como puede verse, no dice de qué sonido se trata. En el DRAE⁹, bajo *chistar* se define: “Prorrumpir en alguna voz o hacer ademán de hablar”, que para un chileno es tan vaga como la anterior. En ninguno de los dos diccionarios se incluye, pues, el sema ‘acción de protestar’, indispensable en el semema que interesaba en este caso. Por esto, como no es esta la única divergencia con que nos encontramos, decidimos que, cuando llegara el momento, publicar los resultados de la encuesta junto con las preguntas tal como las formulamos¹⁰. Así el lector sabrá fácilmente a qué atenerse. Ojalá los demás equipos del Proyecto hagan lo mismo.

2.2.3.4.3. Deíctica y pragmática. Por ejemplo: “¿Cómo se llama a estos animalitos (mostrándolos) que por lo general se comen secos y suelen usarse en un aperitivo?” [376 ‘arenques’]. Y del mismo tipo: “¿Cómo se llama esta planta (mostrándola) que se usa como condimento y adorno en algunos guisos?” [493 ‘perejil’].

2.2.3.4.4. Descriptiva, deíctica y pragmática. Por ejemplo: “¿Cómo se llama esta planta (mostrándola) cuyas hojas de color verde oscuro tienen fama de ser muy nutritivas?” [488 ‘espinaca’]. O bien: “¿Cómo llama usted al molusco redondo y muy plano –el más caro en Chile– que se come en su concha con jugo de este cítrico?” (mostrando un limón) [379 ‘ostra’].

2.2.4. Como se sabe, las preguntas también pueden ser simples o compuestas según que con ellas se indague por una cosa o por más de una. En un cuestionario léxico como el nuestro, pienso que todas debieron haber sido simples; sin embargo, se nos deslizaron algunas compuestas, como 1523. EL Y LA QUE VIVE EN UNIÓN LIBRE; 1525. EL O LA QUE VIVE EN CONCUBINATO, y alguna otra.

En cada uno de estos casos debió haberse hecho dos preguntas simples con números distintos cada una. Para no alterar la numera-

⁸ Madrid, Gredos, 1966.

⁹ Real Academia Española (1970), *Diccionario de la lengua española*, 19ª ed., Madrid, Espasa-Calpe, S. A.

¹⁰ La publicación se realizó en 1987 con el nombre de Ambrosio Rabanales y Lidia Contreras, *Léxico del habla culta de Santiago de Chile*, México, Universidad Autónoma de México, con muchas erratas, lamentablemente.

ción, procedimos de la manera que ilustraré con el primer ejemplo, 1523. EL Y LA QUE VIVE EN UNIÓN LIBRE: “¿Cómo se llama a) al soltero que hace vida marital?, y b) ¿a la soltera?”. Respuestas: a) *amante* (13), *conviviente* (10), *amancebado* (5); b) *amante* (13), *querida* (12), *conviviente* (10), *amancebada* (5), *concubina* (4).

Como puede advertirse, las respuestas no difieren solo por el género gramatical de los nombres empleados, pues *querida* y *concubina* no aparecen con los masculinos correspondientes; *querido* con la acepción de ‘amante’ es en Chile de poco uso, y *concubino* no se usa. Si la diferencia se hubiera limitado al género gramatical (cosa no siempre previsible), no habría importado que la pregunta fuera compuesta; no siendo así, lo conveniente habría sido, como se ha dicho, dos preguntas simples.

2.2.5. Finalmente, las preguntas pueden ser puntuales o seriales según que el concepto en cuestión sea específico o genérico. En el primer caso las respuestas de los informantes corresponden a un único y mismo concepto (respuesta cerrada); en el segundo, a más de uno (respuesta abierta). La índole de nuestra encuesta exigía que todas fueran puntuales; no obstante, hay algunas (muy pocas) que son seriales, como por ejemplo:

- 1120. DEPENDENCIAS DE LA PLANTA BAJA (DE UNA CASA)
- 1121. DEPENDENCIAS DE LOS PISOS ALTOS
- 1335. CIGARRILLOS (CLASES)

Para el primer ítem [1120] hubo 27 respuestas, que aluden en total a 13 dependencias distintas. Para la segunda [1121], 14 respuestas, con las que se hace referencia a 8 dependencias diferentes. Como en ambos casos hemos consignado las respuestas sin ninguna descripción de los conceptos o referentes respectivos (puesto que la descripción debió estar en las preguntas), difícilmente los resultados van a poder ser comparables con los correspondientes a la norma vigente en las demás ciudades representadas en el Proyecto. Otro tanto puede decirse de la tercera pregunta [1335], en cuyas respuestas se mencionan 8 clases diversas de cigarrillos.

3. MODOS DE APLICACIÓN DE LA ENCUESTA

3.1. Dado que entre las preguntas hay muchas que aluden a acciones realizadas por el hombre o por diversos animales, y a sus efectos, para uniformar criterios y simplificar el enunciado de las preguntas convinimos con los informantes en que cuan-

do se los interrogara por alguna acción contestaran con un verbo, y cuando se tratara de su efecto, con algún nombre; por ejemplo:

39. PEINARSE: “¿Cómo llama usted a la acción de ordenarse el cabello con este utensilio?” (mostrándolo). Respuesta: *peinarse* (13).

97. SOLLOZO: “¿Cómo se llama el efecto de llorar con mucha aflicción y convulsivamente?”. Respuesta: *sollozo* (11), *lloro* (1).

98. SOLLOZAR: “¿Y la acción?”. Respuesta: *sollozar* (12).

A veces se cambió el orden “acción-efecto” de los ítemes en el *Cuestionario* al hacer la consulta (no su número) cuando pareció más conveniente preguntar primero por el “efecto” y luego por la “acción”, y al revés, si el orden era “efecto-acción”.

3.2. Puesto que entre nuestras finalidades estaba obtener de los encuestados el mayor número posible de sinónimos y valoraciones estilísticas (registros), para conseguir los primeros, después de cada respuesta preguntábamos: “¿Y de qué otra manera se llama?”, o bien, “¿Qué más?”, hasta que el informante declaraba no saber qué otro término agregar. Y para las valoraciones: “¿Usaría usted todas estas expresiones en una conferencia?”. Si su respuesta era afirmativa, considerábamos tales expresiones como pertenecientes a la norma culta formal, y no dejábamos ninguna constancia explícita del hecho; si en cambio decía que no, le preguntábamos: “¿Qué diferencias encuentra usted entre ellas?”, y en tal caso anotábamos sus valoraciones al lado de cada expresión tal como las indicaba.

Y a propósito de la sinonimia puedo decir que es tan rica en los resultados de la encuesta que en muchas áreas predomina frente a las respuestas sin sinonimia. Es lo que ocurrió, entre otros, en los siguientes ítemes:

24. EL PELO DE LA CABEZA O CABELLO: 8 sinónimos.

33. COLOR RUBIO DEL PELO: 10, con matices.

48. ROSTRO PÁLIDO: 11.

58. PONERSE EL PELO DE PUNTA: 9.

También las valoraciones resultaron muy productivas, como puede apreciarse con solo este ejemplo:

26. LA CABEZA SIN PELO: “¿Cómo se llama la cabeza que ha perdido el pelo?”

- calva (10)
- pelada (9): familiar (2), informal (1)
- de guata (2): vulgar (2)

- alopécica (1): científico (1)
- de rodilla (1): jocoso (1)
- de bola de billar (1): vulgar (1)
- monda (1)
- de huevo (1): familiar (1)

Otras valoraciones, a propósito de otros ítemes, fueron: “culto”, “[se usa] en conferencias”, “elegante”, “elevado”, “más fino”, “refinado”, “formal”, “superformal”, “raro”, “rebuscado”, “literario”, “poético”, “periodístico”, “familiar”, “popular”, “ordinario”, “feo”, “despectivo”, “eufemístico”, “humorístico”, “jurídico”, “técnico”, “biológico”, “menos corriente”, “menos usado”, “poco usado”, “anticuado”, etc.

4. TIEMPO DE APLICACIÓN DE LA ENCUESTA

Con la prueba piloto quedó de manifiesto que las sesiones en general no debían durar más de dos horas consecutivas y que era difícil obtener la colaboración del informante por más de una reunión semanal. Como en cada sesión no se podían formular más de unas 300 preguntas promedio, para cada aplicación de la totalidad de la encuesta habríamos necesitado como mínimo 15 sesiones, las que, a una semanal, significaban unos cuatro meses de trabajo, y, en el mejor de los casos, con dos sesiones semanales, dos meses.

Ahora bien, aunque el hecho de llegar el encuestador ante el encuestado con las preguntas ya elaboradas representó una gran economía de tiempo, diversas circunstancias lo alargaron por encima de lo previsto, como ser:

1. No siempre fue fácil fijar un horario de trabajo conveniente para ambos.
2. Se presentaron problemas de salud de uno de los dos o a veces también de ambos. En un caso, incluso, falleció el encuestado en la mitad del trabajo, por lo que hubo naturalmente que anular todo y buscar otro informante.
3. Más de una vez hubo que suspender transitoriamente la aplicación de la encuesta por diversos inconvenientes, ya del encuestador, ya del encuestado.
4. Hubo casos en que uno de los dos desistió de continuar con la encuesta, y también ambos. Cuando se trataba del encuestado, no quedaba otra solución que remplazarlo, lo que a veces demandó un gran esfuerzo. Cuando era el encuestador el que renunciaba, su tarea era absorbida por otro colaborador ya entrenado, con el consiguiente recargo de trabajo. Sustituirlo por

uno nuevo habría significado para el sustituto la misma larga preparación a que fueron sometidos los demás encuestadores, y ello ya no era posible.

5. A veces se comprobó la incompetencia de uno de los dos, lo que se resolvió de la misma manera anterior.
6. No faltaron interrupciones fortuitas durante las sesiones (llamadas telefónicas, visitas inesperadas, etc.).
7. Tampoco estuvieron ausentes las distracciones de parte del informante y digresiones de diversa índole a propósito de las preguntas. Y
8. Muchas veces este no se limitaba a contestar las preguntas, sino que deseaba saber si lo había hecho “correctamente” o no. Y cuando no podía dar una respuesta, también le interesaba conocerla. En ambos casos recurría naturalmente al encuestador, quien –para no atrasar el trabajo– tenía instrucción de contestar, en el primer caso, que no podía juzgar, y en el segundo, que él tampoco sabía, con la consiguiente sorpresa del encuestado.

La conclusión obvia de todo esto es que conviene reducir al mínimo el tiempo total de aplicación de la encuesta, multiplicando al máximo las sesiones semanales, en la medida, naturalmente, en que esto pueda hacerse.

5. LUGAR DE APLICACIÓN

Las encuestas se aplicaron o bien en el lugar de trabajo del encuestado o bien en su casa, y, en algunas ocasiones, en otro lugar acordado.

Según la experiencia recogida, la verdad es que cualquiera que sea el sitio que se elija da lo mismo siempre que se den garantías de que no habrá interferencias durante la entrevista, o de que estas serán las menos posible.

6. FINALIDAD DE LA ENCUESTA

Como la finalidad de nuestra encuesta era de carácter lingüístico, no se les dijo a los encuestados esta finalidad para evitar que se preocuparan demasiado por su manera de expresarse, perdiendo su espontaneidad, inhibiéndose, por una parte, o formalizando excesivamente, por otra; es decir, falseando su modo habitual de hablar. Pero ya que de todas maneras había que darles alguna explicación, se les dijo que se trataba de explorar los contenidos más estables de la cultura chilena a través de los santiaguinos cultos.

7. CONCLUSIONES

El análisis que he esbozado de la encuesta y de su aplicación me permite sacar, al menos, las siguientes conclusiones:

1. El *Cuestionario léxico*, de cuya estructuración todos los participantes del Proyecto somos responsables, no es, por cierto, perfecto, como no lo es ninguna obra humana; pero resultó más que suficiente para conseguir –siquiera en parte– lo que nos habíamos propuesto: determinar cuál es el grado de dominio léxico o de disponibilidad léxica del hablante culto de Santiago que tiene el español como lengua materna. Si para aplicarlo hubiéramos esperado a hacerle todas las enmiendas que se nos hubieran ido ocurriendo en el camino (ya los 7.000 ítemes se redujeron a un poco más de un tercio), todavía estaríamos en la etapa de las correcciones. No en vano se ha dicho que lo mejor es enemigo de lo bueno. Lo importante es que de nuestra experiencia (incluyendo nuestros errores) puedan luego beneficiarse otros.
2. Sin una labor de equipo habría sido muy difícil, si no imposible, construir un instrumento de trabajo de esta envergadura y obtener con él los resultados que hemos conseguido. Primero, el equipo internacional que diseñó la encuesta y luego le hizo diversos ajustes, y segundo, el equipo santiaguino que elaboró las preguntas, confeccionó el material auxiliar y aplicó el cuestionario.
3. Finalmente, quiero destacar la importancia del trabajo de preparación de nuestros encuestadores –profesores, ayudantes de cátedra y estudiantes de los cursos superiores de la carrera de profesor de español– tanto en los aspectos teóricos de la investigación (estudios de gramática científica, de lingüística general, de dialectología y de sociolingüística) como en la praxis de la misma (técnica de la entrevista y trabajo de campo) mediante la aplicación de la “encuesta piloto”, instrumento de inapreciable valor, pues no solo nos enseñó muchas cosas para la aplicación ulterior, sino que nos obligó a corregir varios aspectos importantes en la redacción definitiva de las preguntas y en el modo de hacerlas a los encuestados, disminuyendo así en un buen porcentaje los errores que inevitablemente se cometen con la improvisación.